



Detalle de un mural de la sala de audiencias del palacio de Mari, que representa la ofrenda del agua (Museo del Louvre, París). La residencia-palacio de esta dinastía fue construida en la segunda época de esplendor de esta ciudad, aproximadamente hacia el siglo XVIII a. de J. C.

Los semitas en Mesopotamia.

Babilonia

En el capítulo anterior hemos ya anticipado que, al lado de las colonias de los sumerios en los valles del Eufrates y del Tigris, existían poblaciones semíticas que debían de haber llegado de las comarcas del Sur. La Arabia, hoy casi desierta, parece haber sido el centro de irradiación de los semitas. Bandas o tribus de semitas se instalaron en Palestina, el Líbano y Siria, mientras otras penetraban poco a poco en Mesopotamia, cuya población de turanios sumerios, todavía muy escasa, estaba en condiciones de recibir a estos inmigrantes de otra raza inferior. Parece opinión dominante entre

los orientalistas que la cultura babilónica o mesopotámica es casi toda de origen sumerio y que los semitas, llegados más tarde, no hicieron sino imitar y copiar a sus predecesores.

Pero, en cambio, son los semitas los progenitores del pueblo militar y conquistador del Asia, la terrible Asiria, que con sus ejércitos formidables, sus crueles y sanguinarios monarcas, hizo temblar por espacio de más de mil años a todos los pueblos vecinos. El genio conquistador y agresivo de los semitas mesopotámicos se manifestó ya desde muy antiguo. Un primer imperio de



Estatuilla de una diosa babilónica que se puede identificar con la antigua divinidad Ishtar, la cual es representada desnuda y con las manos sobre el vientre en las tabletas de arcilla (Museo del Monasterio de Montserrat, Barcelona).

Estela de Hammurabi, en la que se halla grabado el código o compilación de leyes de dicho rey (Museo del Louvre, París). A la derecha, sentado, el dios Shama, coronado con una tiara de cuatro cuernos, ofrece al soberano las insignias de su cargo: el cetro y el círculo. Ante él, Hammurabi le escucha atento, con un brazo levantado en señal de adoración.

semitas se estableció en Akkad o Agade, cerca de Babilonia; su fundador fue Sargón, o Sargani, hacia el año 2600 a. de J. C., respecto al cual más tarde hubo de forjarse una leyenda. "Yo soy Sargón, el poderoso rey de Agade —decía el poema asirio—. De mi padre no sé nada; mi madre era de baja condición y el hermano de mi padre habita en las montañas. Mi ciudad está en la orilla del Eufra-tes; he aquí que mi madre me concibió en secreto y me puso en una canasta cerrada con betún. Ella me llevó al río y, flotando sobre las aguas, el jardinero Akki me recogió. Mientras fui jardinero, me amó la diosa Ishtar, y por años goberné el reino. Por años reiné sobre los cabezas negras... Destruí los

pueblos de las montañas con hachas de bronce, las altas montañas escalé y en las bajas penetré, y el país del mar sitié tres veces..."

Estas expansiones poéticas de un escriba asirio se explican perfectamente porque algunos de los monarcas de Asiria trataron de hacer derivar su genealogía del viejo Sargón de Agade. Pero, por un capricho del destino, de este primer conquistador asiático no se ha conservado más que su maza, con una inscripción en que la dedica al dios solar Shamash. Que realmente Sargón hubo de ser un gran capitán, lo prueba el hecho de que llegó a imponer sus tributos hasta la lejana isla de Chipre. En la inscripción de





Tabla astrológica de Babilonia (Museo del Louvre, París). Los movimientos de los astros, manifestación de la voluntad de los dioses, eran la causa de todo lo bueno y lo malo que sucedía en el país. Los astrólogos leían en el cielo lo que iba a suceder en la tierra y lo apuntaban en tablillas.

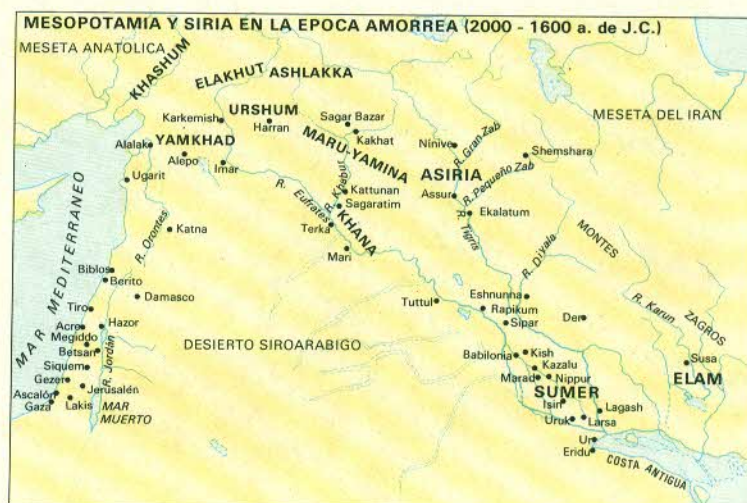
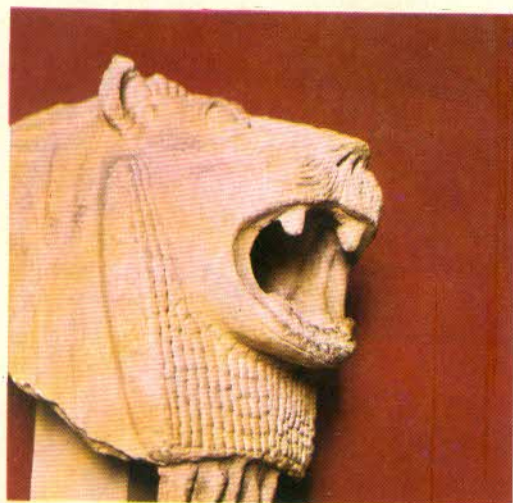
una tableta, ya en cuneiforme, se encuentra el mapa esquemático de sus conquistas y se consigna aquella aventura a ultramar.

De Naram-Sin, el biznieto de Sargón, ya tenemos más documentos. En una estela con su magnífico retrato encontrada en Diarbekir, en el Alto Eufrates, el rey se alaba de sus victorias. Por fin, en otra estela de Susa, vemos a Naram-Sin en la cumbre de una montaña, seguido de sus soldados, con dos enemigos implorando piedad a sus pies. He

aquí al primer conquistador semita de quien tenemos auténticos retratos: el de Diarbekir nos lo muestra con su larga barba, que ofrece tan vivo contraste con los rapados sumerios. En la estela de Susa, con el arco todavía en la diestra, Naram-Sin parece que va a perdonar al caído, gesto de piedad muy raro en los guerreros semitas. ¡Qué contraste el de estas figuras de Naram-Sin con las que hemos citado en el capítulo anterior de los príncipes sumerios, intelectuales y piadosos como Gudea!

Ya hemos dicho que la primera dinastía semítica, la de Sargón, había comenzado en Agade, pero pronto el centro de la

León de terracota de mediados del II milenio a. de J. C., procedente de las ruinas de Babilonia (Museo del Louvre, París).





A la muerte de Shamshi-Adad I, el primer Imperio asirio se derrumbó. La dinastía legítima de Mari recuperó el poder y expulsó, con la ayuda de la monarquía de Yamkhad, al hijo del rey asirio. El eje Yamkhad-Mari, reforzado por la naciente Babilonia de Hammurabi, obligó a las ciudades de Mesopotamia occidental y Siria a apartarse de la alianza asiria. El poder asirio se pudo mantener aún, gracias a la alianza con Eshnunna y el Elam, en el Tigris.

monarquía hubo de pasar a Babilonia. Debíó de existir allí una población desde muy antiguo, al menos desde el 4000 a. de J. C. Se encuentra ya mencionada Babilonia en una tableta del tiempo de Sargón de Agade, aunque es probable que entonces no pasara de ser una ciudad de segundo orden, acaso colonia de una de las ciudades del delta. Con nuevas invasiones de semitas empezó a aumentar su población y creció rápidamente, de una manera prodigiosa. Pero el secreto de la prosperidad y grandeza de Babilonia parece atribuirse no sólo al hecho de haber sido el centro de fusión de las dos razas, sino además por haber allí un puente o vado que era centro comercial en la ruta que por Persia iba hasta la India. Al sur de Babilonia predominaban los sumerios, pero hacia el Norte empezaba la Asiria, con los semitas puros. Babilonia era para ambas razas la ciudad santa común, y su dios Marduk acabó por tener un lugar supremo sobre todas las demás divinidades asirias y caldeas. Resultó finalmente un centro histórico de cultura por haberse archivado allí las viejas tradiciones sumerias. Ejercía una fascinación en todos los que la visitaban, como algo muy venerable y superior al resto del mundo. Así se explica que los monarcas de las primeras dinastías que sucedieron a la de Agade fueran una mezcla de reyes conquistadores, sumos sacerdotes y letrados, como el gran Hammurabi (del que hemos hablado en el capítulo anterior), quien, siendo ya un semita, compiló o codificó las leyes antiguas de Sumer. Pero hasta este mismo Hammurabi se alaba de conquistas y venganzas; Naram-Sin, en una de sus inscripciones, dice que derrotó a 90.000 enemigos..., lo que revela ya en aquellos semitas un arte de exagerar las victorias en el que fueron maestros más tarde los monarcas asirios.

Diosa sumeria adoptada por Babilonia, con el cetro de serpientes en la mano (Museo del Louvre, París).



Ninguna de las metrópolis del Oriente ha dejado un recuerdo tan vivo como el de Babilonia. No sólo la Biblia, sino también los escritores griegos clásicos están llenos de pasmo ante aquella a la que consideran capital del Asia. Heródoto describe la gran ciudad como si la hubiera visitado y como en ciertas cosas exagera, se duda de su veracidad. Etesias, el médico griego al servicio de Artajerjes, también la describe con términos de gran admiración y de éste sí que no se puede dudar de que la vio personalmente.

Terracota del II milenio a. de J. C. hallada en las ruinas de Susa (Museo del Louvre, París). Del mismo lugar proceden la estela de Naram-Sin y el Código de Hammurabi.



EL IMPERIO NEOBABILONICO

Durante el primer milenio a. de J.C., al tiempo que Egipto perdía su categoría de primera potencia que hasta entonces había tenido, varios reinos semíticos cobraron auge en el Asia Menor. En Babilonia se habían establecido los caldeos; Israel vivía días de esplendor bajo sus dos grandes reyes, David y Salomón, aunque pronto sufriría un debilitamiento a consecuencia de su fraccionamiento en dos: Israel y Judá; los fenicios tenían el monopolio marítimo, con una red de ciudades comerciales en las costas mediterráneas.

Frente a todos estos pueblos, empezaba a nacer en la región superior del Tigris un nuevo reino, Asiria, de población semita, fuerte y belicosa. Los principios del reino asirio fueron duros, debido a la continua avalancha de pueblos nómadas que amenazaban su existencia. Superada esta primera etapa, Asiria emprendió una política de conquista que llegó a su apogeo con la dinastía sargónida. A mediados del siglo VII a. de J.C., los reyes asirios Sargón II y Asurbanipal dominaban toda el Asia Menor y Egipto. Pero en el curso de este mismo siglo los pueblos dominados se alzaron en rebelión.

En Egipto se instauró la dinastía saíta. En la zona baja del Tigris y Éufrates, el gobernador de Babilonia, Nabopolasar, se alió con sus vecinos los medos para hacer la guerra a la opresora Asiria y lograr así la liberación de la ciudad de Babilonia. Unidos ambos ejércitos, en 612 avanzaron sobre Nínive, capital de Asiria, y la arrasaron por completo. De esta forma, el poder asirio quedó aniquilado. Los medos ocuparon el norte y este de las tierras conquistadas. Los babilonios se quedaron con el oeste. Durante más de ochenta años, Babilonia fue la capital de sus estados y tuvo reyes propios. Este nuevo Imperio, surgido de la victoria sobre los asirios, recibe el nombre de "Imperio neobabilónico".

Lo funda en 625 Nabopolasar, que fue su primer rey. Durante su reinado, su hijo Nabucodonosor se puso al frente del ejército y lanzó una expedición guerrera contra Egipto, consiguiendo una notable victoria en Karkemish. De regreso de la campaña, Nabucodonosor se enteró de la muerte de su padre, acude a Babilonia y se proclama rey sin grandes dificultades. Su reinado, que comenzó en 604, constituye el apogeo de la dinastía neobabilónica. A poco de ascender al trono, emprende una triunfante campaña guerrera contra Siria y Palestina, con lo que su poder personal se extiende desde el valle del Éufrates a Egipto. Es sobradamente conocida, porque viene narrada incluso en la Biblia, su campaña de Palestina. En 587 a. de J.C. tomó la ciudad santa de Jerusalén, destruyendo el templo de Salomón, y se llevó prisioneros a Babilonia buena parte de sus habitantes, entre ellos al profeta Daniel, que ya había predicho en sus profecías el futuro destino del pueblo de Israel.

No mucho después, llevó sus armas contra los fenicios, a los que tomó la ciudad de Tiro, tras un asedio de trece años dirigido por el propio Nabucodonosor.

Todas estas campañas victoriosas parecían indicar que Babilonia había ocupado el lugar de los asirios, pero el coloso neobabilónico tenía los pies de barro, a juzgar por la rapidez con que se derrumbó. En efecto, a la muerte de Nabucodonosor, ocurrida en 562, el reino se vio amenazado por peligrosas luchas interiores, que hicieron tambalear la seguridad del trono. Le sucedió su hijo, que a los dos años de reinado fue asesinado y sustituido por su cuñado Neriglísar. Al cabo de tres años, el nuevo rey fue, a su vez, asesinado y con él su hijo y sucesor, niño de corta edad.

Entonces fue llamado al trono Nabonido, personaje importante ya en tiempos de Nabucodonosor y miembro de una de las familias más ilustres de Babilonia. El nuevo rey, que empezó a reinar en 555 antes de J.C., defraudó completamente las esperanzas de sus súbditos, pues, más aficionado a las grandes construcciones que a la política, dejó el gobierno en manos de su hijo Baltasar, que fue nombrado coregente. Esta costumbre de asociar en el gobierno al príncipe heredero se generalizó en adelante en todo el Oriente. Debido a la conducta del rey, los babilonios rivalizaron en lucha de partidos y clases, lo cual debilitó la fuerza del estado.

Mientras tanto, en 549, Ciro se había proclamado rey de medos y persas. Al principio no molestó a los neobabilonios en sus posesiones asirias, pero, llegado el momento, atacó a sus vecinos. Nabonido fue vencido en muy poco tiempo, debido más a la traición de quienes veían en el rey persa al soñado libertador, que al propio genio militar de Ciro. Tomada Babilonia, el reino fue incorporado al Imperio persa. Babilonia no volvió a ser nunca más independiente, pero, como más tarde sucedió con el Imperio griego, desempeñó el papel de maestra intelectual del pueblo que la conquistó por las armas. A pesar de su incorporación al reino persa, Babilonia continuó siendo una importante capital. Cuando Alejandro Magno la conquistó, se emocionó a la vista de aquellos monumentos, testigos de un pasado glorioso.

La época del Imperio neobabilónico, que acabó en 539 a. de J.C., destaca más por la obra pacificadora de la dinastía que por las guerras que llevó a cabo, excepción hecha de Nabucodonosor. Apoyados en una buena administración, los reyes neobabilónicos dieron auge a la vida religiosa y aumentaron la prosperidad de la economía nacional. La legendaria ciudad de Babilonia, con las construcciones que en ella mandó levantar Nabucodonosor, demuestra bien a las claras el alto nivel humano del Imperio neobabilónico.

V. G.

Durante la Edad Media, las ruinas de Babilonia fueron identificadas por los árabes como restos de la torre de Babel. En los montículos aparecían ladrillos con inscripciones cuneiformes que aseguraban que allí estuvo la auténtica Babilonia. La vasta extensión de los escombros y ruinas, en el lugar donde había habido la gigantesca metrópoli, desanimaba a los arqueólogos. No era tarea como la de excavar el *tell* de una de las ciudades del delta. Nadie se veía con recursos y tiempo bastantes para atacar las formidables masas de arcilla deshecha de los ladrillos secados al sol. La universidad de Pennsylvania mantuvo allí una misión, pero por sólo pocos años y con escaso éxito. Aparecieron tabletas con inscripciones preciosas y objetos interesantes, pero nada extraordinario que estimulara a seguir.

En 1899, el sultán de Turquía concedió la exploración del lugar a la Sociedad Alemana del Oriente y desde aquel año los alemanes mantuvieron en Babilonia un escuadrón de obreros. Cuando en 1917 los ingleses llegaron a Bagdad, Koldewey, director de las excavaciones, estaba a pocos kilómetros, en su casita bien poco confortable, en el campo de las ruinas de Babilonia.

Puerta de Palmira en las ruinas de la antigua ciudad de Mari, que tuvo un floreciente resurgir en el II milenio.



Los trabajos de Koldewey y sus colaboradores aclararon la topografía de la ciudad y despejaron el barrio del palacio y de los grandes templos, donde estaba la torre escalonada, pero al limpiar los escombros se observó que el centro religioso donde estaba la torre era sólo parte del gran santuario nacional de Babilonia. En realidad habían dos santuarios bien separados, uno el E-Temen-Antí, al que tenían acceso todos los devotos forasteros y peregrinos y donde había hospederías, almacenes y lupanares. A un lado, la famosa torre de los siete pisos simbolizaba los siete planetas; el inferior, dedicado a Saturno, estaba cubierto de estuco negro. En lo alto, según Heródoto, estaba la cámara para el dios Marduk. Pero enfrente de E-Temen-Antí estaba E-Sagila, otro santuario secreto, morada preferida del gran dios, lugar de revelación e iniciación. En salmos penitenciales se apellida a Marduk “señor de E-Sagila y protector de Babilonia”. Así dice el suplicante: “¡Señor de E-Sagila, conservador de la vida, — que la concedes exuberante! — Tu nombre es agradable, — por ti yo vivo, — por ti estoy sano — y puede contemplar tu divinidad. — Queda, dios mío, a mi diestra — y que la gran diosa Ishtar quede a mi siniestra”.

Ya en este salmo vemos a Ishtar participar de la gloria de Marduk, el Baal, señor de Babilonia. Ambos permanecen inseparables. Ishtar, que los asirios transformaron en diosa guerrera, en esa época es todavía la divinidad sumeria de la fecundación. “Es la estrella del alba, la estrella vespertina — que abré los cielos y calma la tierra.” En Marduk e Ishtar se concentró toda la divinidad de los antiguos sumerios. Al principio, Marduk no era más que Shamash, el dios local de Babilonia, e Ishtar, la diosa de Erech, reina del cielo; Marduk, hijo de Ea; Ishtar, hija

del dios lunar de Ur. Pero todos los dioses sumerios se fueron acumulando primero en una corte divina y después identificándose con Marduk e Ishtar.

Las inscripciones cuneiformes han conservado muchísimos textos de procesiones y liturgias. Hay también calendarios que señalan las fechas para grandes ceremonias. El año empezaba en el mes de Nizam, que corresponde al equinoccio de primavera. Esta división del tiempo se conservó hasta el Renacimiento en Europa: la Iglesia la mantuvo, lo mismo que la Sinagoga. Los cantos rituales de los babilonios, "lamentaciones", "suspiros", eran tan eficaces para pedir bendición como para destruir. Son interesantes por su terrible elocuencia, pero de poco han servido a la humanidad. En cambio, se explica que por vivir los babilonios en lugar llano y atmósfera transparente pudieran observar las constelaciones y se arriesgaran a establecer horóscopos de las vidas humanas.

Aunque mucho de la astrología lo aprendieron de los primitivos sumerios, los babilonios, semitas puros, establecieron las definitivas leyes del movimiento de los astros-planetas, que se mueven independientemente



Restos de un kudurrú de la segunda mitad del II milenio, correspondiente a la dinastía de los cassitas (Museo del Monasterio de Montserrat, Barcelona).

EL CARACTER TEOCRATICO DE LAS MONARQUIAS MESOPOTAMICAS

Algunos historiadores han defendido la hipótesis de una organización democrática del poder en la primera época de las ciudades mesopotámicas. El gobierno habría sido confiado a una asamblea de hombres libres que sólo en momentos de crisis delegarían la dirección de todos los asuntos en un jefe único.

La generalización de las crisis o las continuas necesidades militares habrían consolidado la figura y función de este "dictador", que a partir de cierta época se habría convertido en permanente y tomado el título de rey.

Esta teoría contrasta con la realidad histórica —la institución monárquica es la forma general en los distintos estados mesopotámicos, sin amagos de organización republicana en ningún momento— y con la teoría sobre el origen divino de la monarquía, divulgada por los textos políticos y religiosos. "La realeza descendió del cielo": el monarca es el representante del dios de la ciudad en la tierra, su delegado, su vicario. "Vicarios del dios Assur" se titulan oficialmente los monarcas asirios. A diferencia del egipcio, el rey mesopotámico no es identificado con el dios o considerado de estirpe divina.

Representante del dios de la ciudad o del estado, al monarca es debida una obediencia ciega por parte de sus súbditos y su autoridad se extiende a todos los aspectos de la vida colectiva.

Justificada su autoridad por los dioses, el monarca está sujeto a la voluntad de éstos, que trata de adivinar a través de oráculos o presagios de todo tipo. De ahí la proliferación en las cortes mesopotámicas de adivinos, intérpretes y exegetas, cuya influencia sobre el monarca predominaba sobre cualquier otra consideración.

Es difícil definir el alcance real de la omnipotencia teórica de los monarcas mesopotámicos y parece que los límites de su autoridad variaron notablemente en cada período y según el carácter personal de cada soberano.

El rey es el Gran Sacerdote del dios nacional y a él están reservadas algunas ceremonias del culto y especiales deberes rituales.

El rey es el jefe del clero y de la Iglesia nacional, administra los bienes del dios y efectúa todos los nombramientos.

El dios impone a su vicario estrictos deberes morales y en primer lugar la obligación de la justicia y la equidad, que frecuentemente se asimila a la voluntad divina, incomprensible a veces para los mortales.

El monarca mesopotámico es siempre un jefe guerrero que organiza la defensa del país y manda el ejército en los combates.

El monarca está al frente de la administración del país, pero el contenido y competencia de ésta no pueden determinarse de manera unitaria para toda la historia de Mesopotamia.



Cilindro-sello y su impresión en arcilla, de principios del II milenio a. de J. C. (Museo Real de Arte e Historia, Bruselas).

en la bóveda del cielo, como si tuvieran alma y pudieran ejercer una influencia en la tierra y sus habitantes.

La astrología ha sido desde los babilonios una ocupación lucrativa; durante la Edad Media europea se dedicaron a ella hombres de ciencia tan eminentes como Copérnico. Todavía hoy son millares los que toman en serio las conjunciones de los pla-

netas en la hora del nacimiento. Basta fijar la fecha exacta y el lugar, para que el astrólogo, haciendo y deshaciendo cálculos, se arriesgue a predecir el futuro de su cliente.

Más seria parece que fue la observación que de los eclipses hicieron los babilonios. En ocasiones pudieron predecir eclipses que cambiaron el rumbo de la historia. Un enemigo a punto de conseguir la victoria perdía

LA SOCIEDAD MESOPOTAMICA EN TIEMPOS DEL PRIMER IMPERIO BABILONICO

El código de Hammurabi contiene numerosos datos sobre la estructura social del país babilónico en tiempos de este soberano. La sociedad aparece dividida en tres clases.

Awilum: patricios. La traducción corriente del término mesopotámico desvirtúa el significado original. La característica esencial de los awilum sería su dependencia económica y funcional del estado.

Economía socialista.

El estado asegura la inmediata distribución y comercialización de los tributos en especie recibidos mediante la colaboración con empresarios privados.

Las tierras que posee el estado son divididas en lotes y asignadas a los awilum como retribución a servicios administrativos, pero con la obligación de remitir al estado parte de los rendimientos obtenidos.

Muskenum: plebeyos. Debe entenderse como "hombre libre" que posee bienes propios y produce o negocia con ellos según su voluntad.

Economía liberal.

El estado fija los precios de determinados productos, los salarios mínimos de los obreros y los intereses de los capitalistas.

Wardum: esclavos.

Integrados como mano de obra sin ningún tipo de derechos en los dos grandes sectores económicos.

Hay esclavos del estado y de los particulares.

El estado mesopotámico interviene fuertemente en la economía del país.

En momentos de crisis, cuando se han producido acumulaciones excesivas de bienes por parte de algunos miembros de la sociedad en detrimento de otros, el estado redistribuye las riquezas por medio de reformas fiscales.

la fe al oscurecerse el cielo y apagarse el sol. Imagínese el terror que produciría la lluvia de estrellas o un cometa. Los varios Apocalipsis judíos y cristianos que profetizan lluvia de sangre, estrellas, escorpiones, son de tradición babilónica. Astros favorables daban mayor protección que los ejércitos y hasta que los dioses menores. Porque Marduk era —no lo olvidemos— la humanización del sol omnipotente y la diosa Ishtar, su consorte, encarnación de la estrella matutina y vespertina. Todavía hoy la Iglesia compara la Virgen a la estrella que reina entre todas al alba y al atardecer.

Los babilonios estaban agobiados por pesadillas y visiones fatales, por haber visto animales inmundos, por haber tropezado con algo de mal agüero. Para remedio tenían oraciones y ritos que aseguraban profilaxis y terapéutica sin medicinas. Copiaremos un himno recogido en una tableta de arcilla con caracteres cuneiformes del año 1800 antes de J. C. para que se vea la seguridad que se tenía en la protección de Marduk:

*"Rey de los cielos y la tierra,
maestro de justicia y equidad,
señor que gobiernas los demonios,*

*que nadie sin ti puede esquivar,
y cuyo número es incalculable.
Señor, que devuelves vida al moribundo,
que liberas al prisionero,
yo me he acercado a ti,
y me he cogido a la orla de tu vestido,
porque una serpiente funesta
ha entrado en mi casa,
y he cogido pánico de este presagio fatal.
Presérvame y te exaltaré,
celebraré la salvación
que me has dado y todos
los que me vean alabarte
te alabarán eternamente."*

Hay en este salmo-endeche la familiaridad del que acude a su dios como a un amigo. La misma que en los de David, sólo que éste pide perdón por transgresiones y pecados, mientras que el babilonio acude a Marduk para que le libre de la serpiente. La capacidad de imaginación para descubrir monstruos compuestos de partes de animales inmundos fue una de las grandes cualidades de los babilonios. Les atribuían poder demoniaco no sólo para destruir con venenos; más aún, para enloquecer y embrujar con la simple mirada. En los muros de

Restauración de un fragmento de pintura mural hallada en el palacio de Mari (Museo del Louvre, París).



LA CIUDAD DE BABILONIA

La fantasía del hombre actual, como la de sus antepasados, se desboca cuando oye hablar de Babilonia. Los ecos que la Biblia y los antiguos viajeros griegos hacen resonar en sus oídos despiertan su curiosidad, imaginación e inventiva. Las excavaciones de aquella ciudad, capital del Imperio neobabilónico, han permitido confirmar algunos y rectificar otros de los puntos expuestos por los escritores griegos, en especial Heródoto.

Rodeada de barrios extremos y hermosos jardines, en los que triunfaba la palmera datilera, el plano de Babilonia era paralelepípedo, con un perímetro de unos 16,5 km y con el lado oeste apoyado en el curso del Éufrates, que además le servía de defensa natural.

La ciudad estaba circundada por un doble muro, cada uno de ellos con nombre propio, separados por algo más de 7 metros. El exterior tenía cerca de 4 metros de espesor, y el interior, 6,5. Un foso con agua protegía además la muralla exterior. Dichos muros estaban defendidos por torres, que las representaciones antiguas dan como almenadas. La gran anchura del muro ofrecía en su parte superior una calzada para carros de combate, los cuales incluso podrían cruzarse en el camino y transportar tropas en un momento dado al lugar de mayor peligro.

Se comunicaba la ciudad con el exterior a través de siete puertas (los antiguos dijeron de Babilonia que tenía, como la Tebas de Egipto, ciento), las cuales se disponían en el centro de un bastión apoyado por torres que sobresalía del avance normal de las murallas. Cada puerta tenía un nombre, que solía ser el de la divinidad a la que estaba dedicada. De todas ellas, la de Ishtar es la que ha alcanzado mayor fama, en especial por la magnificencia de su decoración, de cerámica vidriada, en que se representan ciento cincuenta dragones y toros, dispuestos en filas de rigurosa lateralidad.

En el interior de la ciudad, lo más sobresaliente eran los templos (cincuenta y tres dedicados a los grandes dioses y cincuenta y cinco capillas a Marduk). Estas

edificaciones, como todas las importantes construidas sobre un terraplén, constaban de un pequeño altar de ladrillo que precedía a la puerta, la cual daba paso a una sala que a su vez se abría a un gran patio en el que generalmente había un pozo. Desde este patio se pasaba a una antecámara dispuesta antes del santuario que contenía la imagen de la divinidad. Desde el patio se pasaba a innumerables cámaras en que se guardaban los objetos del culto y los tesoros del dios. También estaban allí las habitaciones de los sacerdotes y de allí partía una escalera que llevaba a la terraza.

El más célebre de todos ellos era el de Marduk, pero también tenían gran importancia el de Ishtar, el de Nin-Urta y el de Gula. El de Marduk, que se conformaba al tipo general ya descrito, recibía el nombre de Esagila. Según los textos antiguos, el oro se había empleado en él con profusión. En su interior se abrían numerosas capillas dedicadas a muchos dioses, pero las excavaciones no aportan claridad alguna al problema general. Estaba separado del resto de la ciudad por una muralla interior y constituía como un barrio al margen de la gran urbe. Al norte del templo se elevaba el zigurat (Etemenanki), de 90 metros de altura, compuesto por siete pisos de área cada vez menor, a los que se iba ascendiendo por rampas laterales. Se ha supuesto que este zigurat era la célebre torre de Babel mencionada en la Biblia.

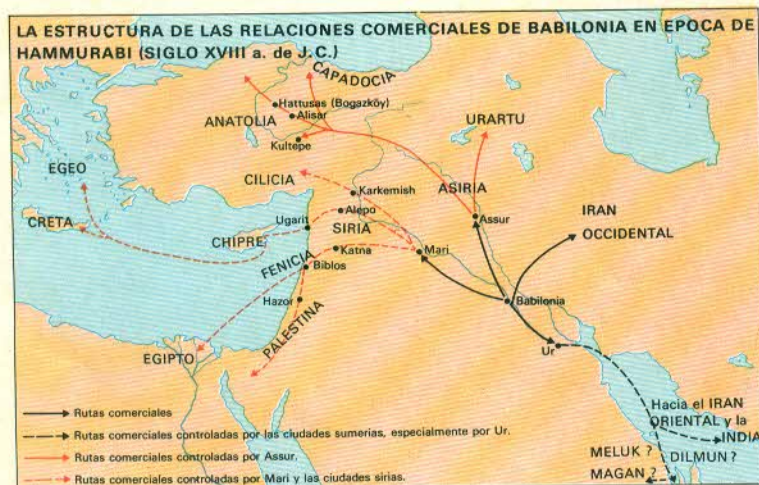
Sobre el papel de los zigurats se discute desde hace tiempo. En principio, todo parece indicar que la edificación del último piso se dedicaba a investigaciones astronómicas, y en este sentido se han encontrado textos que así lo avalan. Pero recientemente, con motivo del descubrimiento de otros zigurats y la lectura de las tablillas, se ha vuelto a poner sobre el tapete la posibilidad de que dichas construcciones tuviesen además el papel o la función de sepulcros de un dios. En el caso concreto del zigurat de Babilonia, se trataría de un falso sepulcro, en el que se desarrollarían parte de las representaciones sacras en honor de Marduk.

En cuanto a los palacios, que con los templos dieron su fisonomía a Babilonia, las excavaciones hallaron el de Nabucodonosor, quien lo hizo construir con el máximo de precauciones defensivas, y a él sólo se podía entrar desde la ciudad. Como los templos, estaba construido también sobre un terraplén y sus muros eran de gran grosor; las habitaciones se abrían a patios interiores y a uno de ellos daba el salón del trono, de unos 50 metros de ancho por 15 de fondo; frente a la puerta de entrada había un nicho, en el que se supone que se colocaba el trono real. Mientras que al exterior este palacio no tenía más decoración que salientes en los que el sol jugaba con la sombra que aquéllos producían, en el interior abundaba la cerámica vidriada.

Como maravilla extraordinaria, que los antiguos incluyeron entre las siete del mundo, estaban los celeberrimos jardines colgantes. En las inmediaciones de la puerta de Ishtar, las excavaciones han puesto al descubierto una serie de construcciones abovedadas que, según parece desprenderse de los textos, sostenía la tierra que mantenía los jardines. Allí, sobre una tierra elevada a una altura superior a la del resto de la ciudad, pero inferior a la de las murallas exteriores, el verde de la vegetación, visto desde lejos, flotaba entre el color del ladrillo y el azul del cielo.

Dejando aparte las callejuelas y vericuetos que separaban las casas de adobes de la ciudad, las grandes vías eran cuatro. Tras la puerta de Ishtar comenzaba la más importante de ellas, la Vía de las Procesiones, que atravesaba la ciudad hasta la puerta de Nin-Urta y llevaba al templo de Marduk. Contaba con más de 20 metros de ancho y estaba bordeada, en una distancia superior a los 200 metros, por un muro en que se reproducían, a cada lado, sesenta leones sobre fondo azul oscuro. Dos calles paralelas a ésta llevaban al centro de la ciudad y allí se unían a la del dios Marduk, perpendicular a ellas. Estas grandes vías limitaban numerosos barrios.

V. G.



las murallas, en la entrada de la casa y la ciudad, había campanas y bestias pintadas o en azulejo para ahuyentar el maleficio. Los mismos endriagos que podían dañar, debidamente exorcizados ejercían su poder para ayudar a los que se acogían a su protección. La gran mayoría de los textos descifrados de las tablas en escritura cuneiforme son plegarias para obtener curas de melancolía, histerismo, pústulas, hidropesía, artritis. Pero ¿es que no ocurre algo parecido entre nosotros? Cuán pocas de nuestras preces son de adoración; también nosotros rogamos sobre todo para evitar o curar dolencias que nos afligen personalmente.

Los babilonios tenían una medicina basada, como la de todos los primitivos, en conjuros y eméticos. Tenían incluso un dios médico, Nabú, que actuaba también como notario y archivero. Su santuario en Borshippa, suburbio de Babilonia, era inmenso; en cambio, la torre escalonada no se elevaba a más de tres pisos. Nabú era un gran dios, hijo adoptivo de Marduk. Se le sacaba del templo para ir a asociarse a las festividades del año nuevo, que duraban diez días, en E-Temen-Ankí. Iba en un carro, algo menor que el de su padre. Los profetas hebreos hacen alusión a estas procesiones. Isaías dice: "Marduk se ha inclinado, Nabú saludó, sus ídolos iban sobre bestias y llevados por toros, las carrozas cargadas con peso excesivo". Jeremías también se acuerda de las estatuas descomunales.

Resumiendo, poco debemos a los babilonios, pero acaso sea debido a que nunca pudieron establecer un imperio durable. Cuando, con Sargón de Agade y Hammurabi, Babilonia disfrutaba de prestigio de gran ciudad, fue ocupada por tribus de nórdicos

LA PROPIEDAD DE LA TIERRA EN LAS CIUDADES-ESTADO MESOPOTAMICAS

La ciudad es posesión del dios local.

Poder político y autoridad religiosa están muy conectados; sólo en la forma política supraciudadana, el soberano consigue liberarse del poder del templo.

En nombre del dios, la gobierna el soberano.

La vida económica gira en gran parte en torno al templo.

Antes se creía que el templo poseía toda la tierra de la ciudad y que de él dependía toda la población. Actualmente se sabe que al menos la mitad de las tierras y dos tercios de la población eran independientes de los templos.

TIERRAS DEPENDIENTES DEL TEMPLO

Tierras destinadas al sostenimiento propio del templo.

Tierras concedidas en usufructo a los dependientes del templo para su sostenimiento.

Tierras concedidas a cambio de una parte de la cosecha.

Las tierras no pertenecientes a los templos eran propiedad de individuos, o mejor dicho, de núcleos familiares que, representados por un individuo, disponían de ellas libremente. Parece que los núcleos familiares estuvieron organizados en más amplias comunidades territoriales, con un sistema representativo.

Parte superior del kudurrú del rey Melishipak III, que reinó hacia el año 1000 a. de J. C. (Museo del Louvre, París). Se trata de un monumento típico de la época cassita, en el que hay representados altares y símbolos de santuarios y dioses.





Estela de piedra o kudurrú de finales del II milenio, adornada con símbolos religiosos (Museo Británico, Londres).

que no eran semitas. Llegaron a adoptar algunas de las maneras de los sumerios y babilonios; pero pronto el poder de Asiria vino a interrumpir su vida civil. Quedó como una ciudad sagrada, metrópoli religiosa siempre renaciente. Los asirios la convirtieron en una dependencia provincial; respetuosos, enviaban a Babilonia al príncipe heredero como gobernador. Se independizó al destruir a Nínive los medos, y hubo cuatro siglos de imperio neobabilónico, que es el que recuerdan los libros históricos de la Biblia. Fueron de crueldad y revuelta: Ciro entró en Babilonia para restablecer el orden, el derecho y la paz.

Babilonia tenía un constante peligro en los vasallos sumerios del delta. Allí los semitas descontentos iban también a refugiarse y a conspirar con las gentes de la antigua raza. El Sur podía esconder guerrillas y aun ejércitos insurrectos en regiones donde los pantanos no habían sido saneados. Había cañaverales, con maniguas impenetrables para los asirios, lo mismo que para los babilonios, pero cuyas veredas conocían los sumerios. La Biblia recuerda los esfuerzos que uno de los caudillos caldeos, Merodac Baladán, hizo para coligar al rey de Jerusalén con los enemigos de Babilonia. Se contaba con el apoyo del faraón, lo que significaba un duelo a muerte.

A través de los siglos, sufriendo invasiones y destrucciones, Babilonia continuó manteniéndose como la capital del Asia. Es significativo que Alejandro fuese a morir precisamente en el alcázar que con anterioridad habían ocupado Nabucodonosor y Ciro.

RELACIONES ENTRE SUMERIOS Y SEMITAS EN MESOPOTAMIA

Mesopotamia, al iniciarse la historia, estaba poblada por sumerios y semitas. Mientras el Sur, de Nippur al mar, era totalmente sumerio, el centro y Norte (Akkad, la futura Asiria, Mari) eran predominantemente semitas.

Mientras los sumerios no contaron con aportaciones externas, los semitas de Mesopotamia aumentaron continuamente, gracias a las diversas oleadas procedentes de las zonas semidesérticas de la periferia.

La llegada progresiva de nuevos grupos de semitas a Mesopotamia fue un fenómeno que acabó por transformar sustancialmente la situación étnica.

Por la importancia de este hecho, se ha creído frecuentemente que las relaciones entre ambos grupos raciales fueron de mutua oposición.

Las luchas de ciudades se interpretaron como luchas entre los dos elementos étnicos, especialmente por el advenimiento de Sargón de Akkad, iniciador de una dinastía semítica.

T. Jacobsen ha observado que los textos no autorizan semejante interpretación.

Nunca un rey sumerio, en cuanto tal, se opone a un rey semítico.

Nunca un rey se define cabeza de uno de los dos elementos étnicos, con exclusión del otro.

En el interior de cada ciudad podía existir un predominio de uno u otro elemento, pero se convivía sin oposición racial.

Se encuentran personas de nombre sumerio con hijos de nombre semita o viceversa, la compenetración llegaba al ámbito familiar.

La antigua sociedad mesopotámica era mixta de dos elementos que, lejos de contraponerse, estaban en vías de fusión desde los inicios de la época histórica.

Con su muerte se inauguraba la nueva Asia helenística.

Políticamente debemos a Babilonia todavía menos que en el aspecto cultural. No consiguió nunca organizar un estado con monarquía sólidamente unificada, como hizo Asiria, ni un mosaico federativo de vasallos semiindependientes, como después logró establecer Ciro, el persa, con las satrapías. Fiaba únicamente en su prestigio secular y en sus dioses omnipotentes. Sin embargo, aún empleamos reliquias de la cultura babilónica, casi podríamos decir supersticiones. Por ejemplo, el rito de fundación de un edificio, colocando en lo más profundo de los

cimientos un amuleto, ya sean monedas u objetos benditos, es todavía de tradición babilónica. En todos los monumentos que se han excavado de los babilonios se encuentra la caja de piedra que contiene una estatua o ídolo y frecuentemente un prisma de arcilla con inscripciones cuneiformes que han servido para restablecer la secuencia de la historia.

Y la fe en la maldición, el mal de ojo, los agüeros, días nefastos, lugares propicios, diablos en forma animal, etc., la mantenemos todavía desde los tiempos de la preponderancia de Babilonia en el Próximo Oriente.



Estela del II milenio que representa al dios Shama en conversación con un rey conquistador de Babilonia en presencia de un símbolo solar radiado (Museo del Louvre, París).

BIBLIOGRAFIA

Bottero, J.	<i>La religion Babylonienne</i> , París, 1952.
Contenau, G.	<i>Les civilisations anciennes du Proche-Orient</i> , París, 1963.
Chamdor, A.	<i>Babilonia</i> , Barcelona, 1963.
Dougherty, R. P.	<i>Nabonidus and Belshazzar</i> , New Haven, 1929.
Gadd, C. J.	<i>The Cities of Babylonia</i> , en "Cambridge Ancient History", I, Cambridge, 1962.
Jaritz, K.	<i>Babylon und seine Welt</i> , Berna, 1964.
Langdon, S.	<i>Building Inscriptions of the Neo-Babylonian Empire</i> , París, 1905.
Moscatti, S.	<i>Las antiguas civilizaciones semíticas</i> , Barcelona, 1960.
Oatez, J.	<i>Babylon</i> , Londres, 1965.
Parrot, A.	<i>Babylone et l'Ancient Testament</i> , Neuchâtel, 1956.
Pillet, M.	<i>L'expédition de Mésopotamie et de Médie</i> , París, 1922.
Rutten, M.	<i>Babylone</i> , París, 1966.
Saggs, H. W.	<i>The Greatness that was Babylon. A Sketch of Ancient Civilization of de Tigris-Euphrates Valley</i> , Londres, 1962.



Sello procedente de Akkad, del II milenio a. de J. C., con representación de algunos personajes divinos (Museo del Louvre, París).